



LA EPIDEMIA REINANTE

Obras estrenadas del mismo autor

EN TRES ACTOS

El Ermitaño de la Peña Maldita, drama.

El Rey ciego, melodrama.

Crimenes de la ambición, drama.

Quien siembra coje, drama.

El Lego de San Francisco ó la Independencia Española, melodrama histórico.

La curación por celos, comedia.

Pedro el Sordo, juguete cómico.

EN UN ACTO

El Curandero, juguete cómico.

La Montería, paso cómico.

La avaricia rompe el saco, juguete cómico.

Dos veteranos de la Guerra civil, disparate cómico.

Un consejo á tiempo, comedia.

Ron y menta, borrachera cómica.

¡Lo maté! juguete cómico.

¡Quítese usted la ropa! juguete cómico.

Contra ira.... Latigazos, juguete cómico.

La cámara oscura, juguete cómico.

Las angustias de un procurador, juguete cómico.

De asistente á capitán, juguete cómico.

Los cesantes, juguete cómico.

El secreto de mi esposa, juguete cómico.

¡Hasta la muerte! juguete cómico.

¡Venci! juguete cómico.

Un capitán de lanceros, zarzuela.

El Talismán de mi suerte, zarzuela.

El Tío Paco, zarzuela.

La carta de despedida, juguete cómico.

Cinco minutos de Angustias, juguete cómico.

La Epidemia reinante, zarzuela.

R-43.846



ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

LA EPIDEMIA REINANTE

DISPARATE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ MOTA GONZÁLEZ

MÚSICA DE LOS MAESTROS

José Osuna Zallago y Rafael Cabas Galván

(Estrenado con buen éxito en el Teatro del Duque de Sevilla
la noche del 2 de Marzo de 1893).

SEVILLA

IMP. DE ENRIQUE BERGALI, SIERPES 104
1893

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

NOTA

El material de esta obra podrán encontrarlo las empresas que descen poncria en escena: En Madrid, Galería lírico-dramática del Sr. HIDALGO, Cedaceros 4, y en Sevilla, Almacén de música de D. ENRIQUE BERGALI, Sierpes 104.



Al Sr. D. Servando Cebón

Querido amigo Cebón: Te di este disparate á leer y te agradó; lo pusistes en escena, y al público le agradó también, pues hicistes del Policarpo un tipo de primerísima fuerza. Yo no he de ser menos agradecido que el público, que tantas noches te aplaudió, y te dedico la obrilla; seguro que patrocinada por tí, ha de alcanzar larga vida.

Tuyo siempre,

EL AUTOR

REPARTO

<u>PERSONAJES</u>	<u>ACTORES</u>
JUANA LA LOCA.	Srta. D. ^a Irene Alba
SANCHA	" " Carmen Parra
BERENGUELA.	" " Aurora Solís
URRACA	" " Juana Sanz
POLICARPO	Sr. D. Servando Cerbón
EL ALCALDE.	" " José Ramos
SANSON.	" " Enrique Galinier
EL DIRECTOR DE ESCENA	" " José Angeles
EL REPRESENTANTE.	" " Carlos Tojedo
EL ESCOPETERO.	" " Emilio Torres
EL MEDICO	" " Delfín Jerez.

Acompañamiento de hombres del pueblo, de músicos y de comediantes de ambos sexos.

Época actual

Las indicaciones están tomadas del lado del espectador

ACTO UNICO

Casa blanca: una puerta pequeña lateral derecha, otra mayor al foro; y al lado izquierdo de ésta, una ventana grande practicable. Por la puerta y la ventana se verá el campo.

ESCENA PRIMERA

EL ALCALDE, EL MEDICO, acompañamiento de hombres del pueblo, algunos con escopetas, uno de los hombres sostiene un jergoncillo sobre los hombros, otro cuatro sillas, y otro una mesa.

MÚSICA

CORO. Horrorosa es la epidemia
 que cercándonos está
 y medidas sanitarias
 el Alcalde toma ya.
 Que su deber
 es el cuidar
 de los vecinos
 de este lugar.

ALCALDE. Por eso aquí
 quiero instalar
 un lazareto
 particular,
 pues el contagio
 pienso evitar
 á los vecinos
 de este lugar.

CORO. Por eso aquí
 quiere instalar
 un lazareto

- particular,
pues el contagio
piensa evitar
á los vecinos
de este lugar.
- ALCALDE. Seguid muchachos
con gran afán
obedeciendo
mi autoridad,
y os aseguro
que he de lograr
que no penetre
la enfermedad.
- CORO. Sigamos todos
con grande afán
obedeciendo
su autoridad,
pues asegura
que logrará
no nos ataque
la enfermedad
¡ah!
- ALCALDE. Mando que cumplan
todas mis órdenes
y lo hareis con grato afán,
pues lo manda vuestro Alcalde
que es primera autoridad.
- CORO. Manda que cumpla
todas sus órdenes
y lo haremos con afán,
pues lo manda nuestro Alcalde
que es primera autoridad.

HABLADO

- ALCALDE. Como sean ustedes muy exactos en cumplir mis
órdenes, les aseguro que nos veremos libres del
contagio.
- MÉDICO. Señor Alcalde, vuelvo á repetirle que me pare-
cen muy exajeradas todas esas precauciones.
- ALCALDE. Señor médico, usted entenderá poco ó mucho de
curarnos ó matarnos, cuando caigamos enfer-
mos; pero de estas precauciones no entiende
usted una palabra.

- MÉDICO. Mas, ¿á qué vienen esos humazos que habeis dado en este casi destruído caserío, distante poco menos de una légua de nuestro pueblo?
- ALCALDE. Porque pienso ir alojando aquí, en tanto que dure la epidemia, á todos los forasteros que nos encontremos dentro del término del lugar.
- MÉDICO. Tenga usted en cuenta, señor Alcalde, que la enfermedad esa que usted llama el trancazo....
- ALCALDE. No la llamo yo así; la llaman todos los periódicos de Madrid que diariamente me lee mi secretario.
- MÉDICO. Corriente; pero debo advertirle que el Gobierno no ha reconocido esa enfermedad como contagiosa.
- ALCALDE. Bueno; sea lo que quiera, yo hago dentro de mi poblolo lo que me da la gana, para eso soy Alcalde, y mando lo que mando, porque lo mando y se acabó.
- MÉDICO. Está muy bien. (Aparte). Este hombre es muy duro de cabeza, y con buenas razones es imposible sacar partido de él. Voy á ponerle un telegrama al señor Gobernador de la provincia, contándole lo que ocurre, para que trate de evitar semejantes alcaldadas. (Vase foro).

ESCENA II

Dichos menos EL MÉDICO

- ALCALDE. Vamos nosotros á continuar instalando este lazareto. ¿Qué haces tú todavía con ese jergón al hombro? Colócalo dentro de esa sala, que está destinada al dormitorio, y ésta en que estamos será el salón de descanso; suelta tú esas sillas; y tú écha al suelo la mesa.

(Los hombres que traen las sillas y la mesa, las colocan en el suelo; el que trae el jergón entra por la puerta lateral, saliendo á poco sin él).

Ea, ya tienen los viajeros donde descansar y donde dormir.

ESCENA III

Dichos: EL ESCOPETERO aparece en la puerta del foro

- ESCOPI. (Tipo muy rudo y exajerado). ¡Señor Alcalde!
- ALCALDE. ¿Qué ocurre?
- ESCOPI. Que han cojido á un contaminado y le dirijen hacia acá.
- (Los aldeanos tratan de huir del lazareto, y al escuchar la voz del Alcalde se detienen).
- ALCALDE. (Con mando). ¡Quieto todo el mundo! ¡Que nadie se acerque á él! (Al escopetero). ¿Lo conducen como yo ordené?
- ESCOPI. Sí, señor; viene en el centro de los escopeteros.
- ALCALDE. Convenido: ahora y antes que salgamos de aquí, escuchad bien las órdenes que me quedan que comunicarles. Mando que una docena de hombres, todos con escopetas, rodeen este caserío. Mando también, que hagan fuego y le rompan la cabeza ó cualquier parte de su cuerpo al viajero, ya sea macho ú hembra, que se resista á entrar en este lazareto constituido por mi autoridad; lo mismo hareis con el viajero que trate de escaparse una vez que éste esté dentro de él, aunque no haga otra cosa que asomar las narices por esa ventana. Y, finalmente, mando, y esto tenedlo bien presente, que deseo, no que se fumiguen ni que se den humazos, sino que se quemem toda clase de equipajes que traigan los viajeros. Y quiero que esta operación se haga en presencia de los dueños de los objetos que vayan á quemarse, para evitar el que luego quieran esos señores hacer reclamación alguna sobre sus equipajes. ¿Os habeis enterado?
- TODOS. Sí.
- ALCALDE. Pues salgamos. (Dirijiéndose al escopetero que habrá permanecido en la puerta.)
- ¿Por qué lado viene el contajiado?
- ESCOPI. Por la vereda del Ronco.
- ALCALDE. Vamos nosotros por el camino del llano que es el lado contrario.
- (Sale el Alcalde seguido de todos y desaparecen por el lado

derechó: apenas hayan desaparecido éstos, se ve pasar por la ventana á Policarpo que trae una pequeña maleta de viaje en la mano. Viene en el centro de dos escopeteros.)

ESCENA IV

POLICARPO. (Tipo extremadamente grueso.) EL ESCOPETERO
Hombre del pueblo

ESCOPI. (Desde la puerta á Policarpo) ¡Al lazareto!

POLICARPO. (Entrando) No me opongo.

ESCOPI. Pero antes suelte usted la maleta que aún conserva en la mano.

POLICARPO. La vais à fumigar?

ESCOPI. Vamos á cumplimentar la orden del señor Alcalde.

POLICARPO. ¿Y qué orden es esa?

ESCOPI. Nos ha mandado que le peguemos fuego á todos los equipajes que traigan los viajeros.

POLICARPO. ¡Qué atrocidad!

ESCOPI. Será lo que quiera; pero suelte usted pronto la maleta, de lo contrario...

POLICARPO. Mas, considere usted que dentro de esta maleta traigo papeles de muchísimo interés.

ESCOPI. No le hace; ahora le pegamos fuego y luégo que estén bien purificados los papeles, puede usted si gusta recogerlos.

POLICARPO. ¡Eso es, puedo recogerlos cuando estén hechos cenizas!

ESCOPI. Justamente.

POLICARPO. ¡Qué atrocidad!

ESCOPI. (Incómodo) ¡Ea, basta ya de inútiles entretenimientos, suelte pronto la maleta ó de lo contrario le pego á usted un tiro que lo desbarato! (Echándose la escopeta á la cara).

POLICARPO. (Con temor y cubriéndose la cabeza con la maleta.) ¡Quietos! (Tirando la maleta al suelo). Ya está la maleta en el suelo; haga usted con ella lo que tenga por conveniente.

ESCOPI. Mis manos no tocan á ese bulto que puede contagiarme: arrójelo usted mismo por esa ventana que da al campo.

POLICARPO. ¿Esto más?... ¡Válgame las once mil vírgenes y los innumerables mártires del Japón!

- ESCOPI. (Más incómodo). ¡Voto á mi patrón San Benito, que si no la arroja pronto!... (Le vuelve á apuntar).
- POLICARPO. (Con prontitud). ¡Sí, hombre, sí, al momento! (Arroja la maleta por la ventana). Ya está.
- ESCOPI. Así. Se acabaron las discusiones. (A los escopeteros que están en la puerta). Vamos nosotros. (Dirigiéndose á uno). Tú, Periquillo, cierra esa puerta. (A Policarpo). Que usted descanse.
- POLICARPO. Tantas gracias. (Cierra la puerta. Policarpo baja hacia el proscenio). ¡Sea todo por Dios! ¿Pero serán capaces esos bárbaros de pegarle fuego á mi maleta...? ¡Ya lo creo!, habiéndoselo ordenado el Alcalde... ¡Caramba! yo no debo permitir semejante atentado, van á quemarme nada menos que todos los papeles de mi pleito.... ¡las mejores pruebas que tengo para ganarlo!
- ESCOPI. (Abriendo la puerta del foro). ¡Eh...! señor viajero, asómesa á la puerta para que dé fé de cómo quemamos la maleta.
(El fondo del teatro se ilumina por una fuerte fogada).
Vea usted qué bien arde.
- POLICARPO. ¡Bárbaros! ¿qué habeis hecho? (Trata de salir y al escuchar la voz del escopetero se detiene).
- ESCOPI. ¡Quieto! ¡Porque como trate usted de salir, le pego un tiro que le desbarato los sesos! (Apuntándole con la escopeta).
- POLICARPO. ¿Pero cómo he de consentir que...? (Adelanta como para salir).
- ESCOPI. Vaya esa almendra! (Dispara).
- POLICARPO. (Retrocediendo con prontitud muy horrorizado y dando vuelta hacia el proscenio). ¡Jesús! ¿Qué manera tienen de argumentar esos bandidos! ¡Y la bala creo que se ha llevado por delante la oreja izquierda! (Reconociéndosela con las manos). Nó; aquí está.

MÚSICA

POLICARPO. Al fondo, coro de hombres

CORO. Luzca la hoguera con fuerte llama
que á la maleta consume ya,
ardan los bichos que tienen dentro
que ellos son causa de mortandad.

POLICARPO. Bárbaros, cafres, negros, bandidos,
que sois peores que Barrabás,
permita el cielo que todos juntos
vayais á casa de Satanás.

CORO. (Riendo). Já, já, já já.

POLICARPO. Suerte horrorosa,

suerte maldita,
siempre la mía
asiaga fué:
siempre sufriendo,
siempre pensando,
siempre viviendo
como yo sé.

Los papeles de mi pleito
¡ay! quemándolos están,
y cuanto llevo gastado
de nada me servirá.

CORO. (Riendo). Já, já, já já.

POLICARPO. Risa bárbara y estúpida;
risa propia de Satán!

CORO. Luzca la hoguera con fuerte llama
que á la maleta consume ya,
ardan los bichos que tienen dentro
que ellos son causa de mortandad.

ESCENA V

Dichos: EL REPRESENTANTE que vendrá conducido por los escopeteros

HABLADO

ESCOPI. ¡Adentro!

REPRES. Vamos á donde usted quiera, pero conste que
esto es una arbitrariedad! (Entra).

ESCOPI. ¡Eh! Tío gordo!, ya tiene usted ahí un compa-
ñero. (Cierra la puerta).

REPRES. Ni entre cafres pasan estas cosas. (Dirigiéndose á
Policarpo). Caballero...

POLICARPO. Servidor. ¿Trae usted equipaje?

REPRES. No traigo otro que el puesto; y éste, como us-
ted ve, está ya bastante deteriorado. El teatro
cada día va dando menos utilidad.

POLICARPO. Es usted cómico?

- REPRES.** Nó, señor; soy representante de cómicos y de empresas de teatros.
- POLICARPO.** ¡Ya!
- REPRES.** Hace unos días que se asociaron unos cuantos pobres artistas de zarzuela, que aún no han podido escalar teatros de primer orden, y que tienen, para poder vivir, que dar funciones en pueblos de corto vecindario: yo vine á éste en representación de ellos; hablé con las autoridades y con los socios del casino, y todos se alegraron de que les trajera tan grata diversión.
- POLICARPO.** Siga usted.
- REPRES.** Le escribí enseguida á la compañía, diciéndole que se pusiera en camino, porque el negocio me parecía bueno, y que hiciera una ruidosa entrada en el pueblo, para lo cual la orquesta entraría tocando un paso doble; cada actor se colocará un traje de época, y las tiples y coristas vestirán trajes caprichosos muy llamativos para que entusiasmen con ellos á los señores del casino.
- POLICARPO.** Me parece muy bien.
- REPRES.** Eso sí, he alquilado una sastrería de primer orden; como que el teatro moderno la da por ahí.
- POLICARPO.** Es muy cierto.
- REPRES.** Mas viendo que la compañía no contestaba y que tardaban en venir, me puse en camino para ver de encontrarlos, y héteme aquí que me cojen estos caballeros, por no llamarlos otra cosa, y..
- POLICARPO.** No siga usted, que por mi desgracia ya sé todo lo demás.
- REPRES.** Vamos; y ya que yo le he dado á conocer quien soy y á lo que he venido, usted á su vez debe decirme...
- POLICARPO.** Tiene usted razón. Pues yo me llamo Policarpo Calixto Canuto de la Santísima Trinidad Juarroquiri y Carriporri, y empiezo por maldecir la hora que empecé el condenado pleito que tantos disgustos me viene proporcionando.
- REPRES.** ¿Es usted abogado?
- POLICARPO.** Nó, señor, que soy litigante.
- REPRES.** ¡Desgraciado!!! (cómico).

POLICARPO. ¡No lo sabe usted bien! Figúrese que mi contrario es un militarote muy bruto, y que por cada incidente del pleito que le gano, me larga diez ó doce bofetadas de las llamadas mayúsculas.

REPRES. ¡Qué atrocidad!

POLICARPO. Debería de avengonzarme de contar á usted tales cosas; pero la verdad es que en este pícaro mundo cada hombre tiene su defecto.

REPRES. ¡Vamos! y el de usted es el de ser cobarde.

POLICARPO. Sí, señor, mucho: Pero crea usted que mi contrario es un hombre que infunde respeto, porque tiene unas manazas que....

REPRES. ¿Son pesadas...?

POLICARPO. ¡Mucho! ¡Todavía tengo los huesos calientes de los últimos trompazos que me pegó!

REPRES. ¡Qué atrocidad!

POLICARPO. Pues bien: apesar de mi temor y con la esperanza de acabar el pleito, aunque ese bárbaro me triture de una vez, reuní para ganarle mis mejores pruebas, porque las tengo magníficas, las coloqué dentro de mi maleta y me puse en camino hacia la ciudad inmediata, cuando, como usted, me cojen en el camino esos condenados escopeteros, me traen aquí, y me queman la maleta.

REPRES. ¡Qué le han quemado la maleta?

POLICARPO. Sí, señor, con todos los papeles de mi pleito, que, como le he dicho, venían dentro de ella.

REPRES. ¡Qué atrocidad! ¿Pero ese estúpido Alcalde no comprende que por haber mandado hacer esas cosas puede ir á presidio?

POLICARPO. ¡Ese hombre no comprende nada!

ESCOP. (Dentro, alto), ¡¡Adentro!!

REPRES. Creo que llega otro caminante.

POLICARPO. Así parece....

ESCOP. (Idem) ¡Antes de entrar eche al suelo la maleta!

POLICARPO. ¿Trae equipaje?, se lo van á hacer cenizas.

ESCOP. (Idem) ¡Perico, abre la puerta del lazareto!

(En este momento se abre la puerta del foro y aparece Sansón resistiéndose á entrar; pero empujado por los culatazos de los escopeteros, entra violentamente: al verlo Policarpo se asombra y trata de ocultarse detrás del Representante).

ESCENA VI

Dichos: SANSON

- POLICARPO. (Muy asombrado). ¡Ah, D. Sansón!
- REPRES. ¿Y quién es ese caballero?
- POLICARPO. ¡El de las bofetadas y los palos! ¿Dónde me meto?
- REPRES. En ninguna parte. ¡Tenga usted valor!
- POLICARPO. No tengo ninguno.
(Da una pequeña vuelta sin saber qué hacer, hasta que al ver entrar á Sansón, toma una silla y se sienta en un rincón de cara á la pared y como si estuviera dormido: así permanecerá hasta que suena el tiro, que se levanta asombrado y se entra en la habitación interior.)
- SANSÓN. (Desde la puerta y muy incómodo). ¡Vaya, que no aguantó más barbaridades!
- ESCOP. (Empujándolo en unión de otros escopeteros con la culata de su escopeta). ¡A callar y adentro! (Cierra la puerta del lazareto).
- SANSÓN. (Dirigiéndose al Representante) ¡Caballero! ¿Ha visto usted en su vida una cosa semejante?
- REPRES. Nó, señor.
- SANSÓN. ¿Ha oído usted hablar nunca de un Alcalde más bruto que el Alcalde de este pueblo?
- REPRES. Nó, señor.
- SANSÓN. ¡Pero no tiene la culpa el Alcalde, nó; que la tengo yo por no haberle cortado hace algún tiempo á D. Policarpo la cabeza!
- POLICARPO. (Haciendo un movimiento de temor). ¡Uf..!
- SANSÓN. ¡Pero se la cortaré!
- POLICARPO. (Haciendo un mayor movimiento y aproximando la silla en que está sentado más hacia la pared.) ¡Oh....!
- SANSÓN. (Fijándose en Policarpo, que permanece de espalda hacia él). ¡Eh....! ¿Quién es ese caballero?
- POLICARPO. (Aparte y encogiéndose). ¡Me cogió!
- REPRES. (Deteniendo á Sansón). ¡Quieto; no lo moleste usted! Es otro desgraciado viajero que hace poco fué atacado de un fuerte dolor de estómago!
- SANSÓN. ¡Pobre hombre!
- ESCOP. (Asomándose á la ventana). De orden del Sr. Alcalde, que el último pasajero que ha entrado, se asome á la ventana para que vea cómo le pegamos

fuego á su maleta y pueda dar fè de ello, á fin de que luégo no pretenda reclamarla.

SANSÓN. ¿Que le van á pegar fuego á mi maleta?

REPRES. Así parece.

POLICARPO. (Aparte y con alegría). Me alegro...

SANSÓN. ¡Qué atrocidad! (Dirigiéndose hacia la ventana). ¡Bárbaros! ¡Incendiaríos! (Queriendo montar la ventana para salir al campo.)

ESCOF. No intente usted salir del lazareto, porque disparo mi escopeta y le meto una bala entre ceja y ceja.

SANSÓN. ¡Bala de escopeta á mí, cuando no me asuntan las balas de cañón!

(Sigue queriendo saltar la ventana).

ESCOF. Ya le he dicho á usted que no salga, porque tengo orden de disparar, y...

SANSÓN. (Presentándole el pecho.) ¡Dispara, bárbaro!!

ESCOF. Allá va. (Dispara).

(En este momento suena una detonación. Sansón cae al suelo; Policarpo da un salto en la silla en que está sentado, y da dos ó tres vueltas, llevándose las manos á la oreja derecha).

SANSÓN. (Cayendo). ¡Jesús!

REPRES. (Dirigiéndose á Sansón, y levantándolo). ¡Demonio! ¡Si le habrá matado!

POLICARPO. ¡María Santísima! La primera bala creí que se había llevado la oreja izquierda, y ésta me parece que me ha deshecho la derecha. Buenos incidentes va teniendo el pleito. (Entra precipitadamente por la puerta lateral).

REPRES. Vamos; fué sólo el miedo el que le hizo caer.

SANSÓN. ¡Miedo! ¡A mí no me espanta nada! Sólo siento los papeles de mi pleito que me los están quemando esos bárbaros.

REPRES. ¿Pero traía usted los papeles de su pleito dentro de la maleta?

SANSÓN. Sí, señor. ¡Entre ellos venía una magnífica prueba que adquirí ayer! Con ella tenía la seguridad de ganarle el pleito á D. Policarpo. ¡Oh! (Dirigiéndose nuevamente hacia la ventana).

REPRES. (Separándolo de ella). ¡Por Dios!, retírese de la ventana, porque ya sabe usted como las gastan esos canallas.

SANSÓN. Tiene usted razón: ya me vengaré más tarde de todos ellos. (Se pasea incómodo).

- ¡Oh, me ahoga el coraje! ¡Si en este momento cogiera á D. Policarpo, no sé qué le haría! ¡Caballero! ¿Dónde tiene este lazareto la cantina?
- REPRES. No lo sé.
- SANSÓN. (Indicando la puerta en que está Policarpo). ¿A dónde da esa puerta?
- REPRES. No lo sé tampoco.
- SANSÓN. Ahora lo veré. (Vuelve á pasearse con desesperación). ¡Oh! esto es una infamia; una arbitrariedad!
- REPRES. (Dirigiéndose á la puerta lateral y diciendo á media voz). D. Policarpo, eche usted el cerrojo á esta puerta.
- POLICARPO. (Asomando la cabeza). Si no lo tiene. (Se oculta).
- SANSÓN. (A la puerta lateral para entrar). (Al Representante). Haga usted el favor. (Trata de abrir la puerta y no puede). ¡Demonio! Vamos, ya cede. (Se abre la puerta en este momento y entra Sansón. En seguida sale Policarpo).
- REPRES. (Aparte). ¡Lo cogió! ¡No he podido impedirlo!
- POLICARPO. (Saliendo dando vueltas de contento y diciendo con extrema alegría). ¡No me ha visto! ¡No me ha visto! Que no me ha visto; la habitación es muy oscura, y no me ha visto: yo estaba detrás de la puerta y él entró y yo salí, y no me ha visto, que no me ha visto. (Con temor). ¿Dónde me meto?
- REPRES. ¡Qué se yo! Como no se salga al campo.
- POLICARPO. ¡Al campo, nó, que allí está el Alcalde y los escopeteros! (Muy apurado). ¡Madre mía de las Angustias, sálvame!
- (En este momento se oye una música que viene acercándose y tocando una marcha). Ah... ¿Qué ruido es ese?
- REPRES. (Escuchando). Parece una banda militar.
- POLICARPO. ¡Ojalá viniera todo un regimiento, él me defendería de las garras de D. Sansón!
- REPRES. Yo conozco la marcha que vienen tocando...
¡Sí, ellos son!
- POLICARPO. ¿Cómo ellos?
- REPRES. Mis compañeros.
- POLICARPO. ¿La compañía de cómicos?
- REPRES. Sí... ¡Mas no comprendo por qué se dirijen hacia aquí!
- POLICARPO. Poco tiene que entender. El Alcalde y los escopeteros los han cogido atravesando por el término, y los traen al lazareto.
- REPRES. Justamente; y como todos ellos son gente de

buen humor, han tomado la cosa á broma, y vienen jaleándose.

POLICARPO. ¿A broma? ¡Si pudiera yo tomar á broma el asunto de D. Sansón!

REPRES. En cuanto lleguen aquí mis compañeros, se va usted á ver libre de esa fiera.

POLICARPO. ¿Cómo?

REPRES. Lo voy á disfrazar á usted de rey, y no lo va á conocer ni la madre que lo parió.

POLICARPO. Eso, caballero, eso; que no me conozca ni la madre que tuvo á bien echarme á este picaro mundo. ¡Oh..! Disfrácame usted de rey mago... de rey chino... de rey moro...

REPRES. (Riendo). Sí, sí; de rey árabe va á ser. Ya llegan.

POLICARPO. Sí, ya están ahí. ¡Me he salvado!

(En este momento se abre la puerta del lazareto, y aparece el Director de escena capitaneando á todos los cómicos, que cada uno trae un traje diferente, menos las coristas que traerán trajes iguales).

ESCENA VII

Dichos: EL ESCOPETERO, EL DIRECTOR, JUANA LA LOCA, BERENGUELA, SANCHÁ, URRACA. Acompañamiento de músicos y de coristas de ambos sexos

MÚSICA

ESCOPI. ¡Adentro! ¡pronto, adentro!

DIRECTOR. Al fin llegamos ya,

ESCOPI. Abierta está la puerta
ahí debeis de entrar.

DIRECTOR. En marcha, compañeros,
en marcha pronto.... ¡ar!

(Ataca la música para el coro). (Entran todos en escena capitaneados por el Director).

TODOS. Marchemos, compañeros,
marchemos sin tardar,
al sitio que el Alcalde
nos quiere destinar.

HABLADO

- DIRECTOR. ¡Hola, señor Representante!
- REPRES. Bien venido sea el Director de la compañía.
- DIRECTOR. ¿Cómo por aquí?
- REPRES. Así lo ha dispuesto la digna autoridad de este pueblo.
- DIRECTOR. Pues me place el que nos haya reunido. (Dirigiéndose á la compañía y con cierta entonación). ¡Compañeros!, ya llegamos al templo de la salud, al sitio dispuesto por este sabio é ilustrado Alcalde; ya hemos llegado al lugar en que la astuta y precavida autoridad del pueblo nos ha mandado encerrar por ser nuestras humildes personas atentatorias á la salud pública: por lo tanto, debemos estarle reconocidos. Gritad todos conmigo. (Muy alto). ¡Viva el estúpido y bárbaro Alcalde de este pueblo!
- Todos. ¡Viva..!

ESCENA VIII

Dichos: EL ALCALDE, asomándose á la ventana

- (Al sentir al Alcalde en la ventana, los coristas y comparsas se colocan á ambos lados para que el público pueda presenciar la escena que ha de tener lugar desde la ventana).
- ALCALDE. Eh...! ¿Qué voces subversivas son esas que estais dando? Parece que venís de broma.
- DIRECTOR. Este asunto no puede tomarse en serio.
- ALCALDE. ¿Por qué?
- DIRECTOR. Porque para tomarlo de ese modo, era preciso colgar al Alcalde del árbol más alto que haya en el lugar.
- ALCALDE. ¿Sí... Eh?
- DIRECTOR. Sí, señor. ¿Y á quién tengo la alta honra de dirigirle la palabra?
- ALCALDE. (Con cierto énfasis) ¡A la primera y única autoridad del pueblo!
- DIRECTOR. Está bien, ilustrísimo señor: me alegro que haya usarcad llegado. ¿Teneis en la mano la vara de la justicia para darla á conocer?

- ALCALDE. (Presentando un bastón con borlas). Aquí está.
- DIRECTOR. ¿Es de acebuche?
- ALCALDE. ¿Por qué me hace usted esa pregunta?
- DIRECTOR. Porque esa clase de madera es la más á propósito para apalear jumentos, como supongo serán todos vuestros subordinados. (Todos ríen).
- ALCALDE. Como siga usted usando esas bromitas, mando que le peguen fuego al lazareto con todos ustedes dentro.
- TODOS. (Riendo). ¡Já, já, já já!
- ALCALDE. (Muy incómodo). Haber si dejais ya esas risitas y hablemos en razón.
- DIRECTOR. Precisamente es lo que deseo.
- ALCALDE. Usted dirá.
- DIRECTOR. ¿Por qué causa nos separa usted de nuestro camino, y nos traen aquí, entre escopeteros, como si fuéramos criminales?
- ALCALDE. Porque estamos en tiempo de epidemia.
- DIRECTOR. ¿Epidemia...? La única que aflige á España es la de los gobernantes que, como usted, toman en todos los asuntos políticos, ó no políticos, medidas tan absurdas y tan arbitrarias.
- ALCALDE. ¿Qué está usted diciendo?
- DIRECTOR. Digo, que nosotros venimos de punto sano como puedo acreditarlo por esta carta de sanidad (Sacándola) que tengo en la mano y que se la entrego para que la lea.
- ALCALDE. Guarde usted por ahora ese documento, porque yo no sé leer más que cuando está presente mi secretario.
- DIRECTOR. ¿Qué no sabe usted leer, y, sin embargo, se atreve á ejercer el honroso cargo de Alcalde?
- ALCALDE. Sí, señor; y le advierto que nunca me ha hecho falta conocer ni una sola letra de las muchas que encierra la cartilla, para haber juntado, en cuatro años que llevo de Alcalde, cincuenta yuntas de bueyes y cuatro hermosos cortijos.
- DIRECTOR. ¡Bravo! Veo con placer que tengo que vérmelas con un Alcalde rico, pues la mitad de esos bueyes y esos cortijos nos lo vamos á comer nosotros.
- ALCALDE. ¿A comer?

DIRECTOR. Sí; como indemnización de los equipajes que nos han quemado vuestros escopeteros.

ALCALDE. ¿Está usted loco?

DIRECTOR. Allá veremos. (Con cierta mofa). ¿Y diga usted, aprovechada autoridad...?

ALCALDE. (Incómodo). Que no quiero más puyitas!

DIRECTOR. ¿Cuánto tiempo nos piensa usted tener aquí encerrados?

ALCALDE. Cuarenta días muy completos. (Murmillos en el acompañamiento).

DIRECTOR. ¿Supongo que en todo ese tiempo nos dará usted de comer?

ALCALDE. ¡Yo no tengo obligación de dar de comerá nadie! Lo que voy á mandar, es, que á todos ustedes les den un humazo por la mañana y otro por la tarde.

DIRECTOR. ¡Buen alimento!

POLICARPO. ¡Muy nutritivo!

ALCALDE. ¡Adios!! (Se retira de la ventana).

DIRECTOR. (Alto) ¡Vaya usted con dos mil pares de demonios! ¡So animal! (Todos ríen). Compañeros, sigamos tomando á broma lo que nos viene sucediendo, pues tengo la seguridad que muy pronto ha de llegar á oídos del gobernador las bárbaras medidas tomadas por este testarudo Alcalde, y mandará enseguida que nos pongan en libertad y nos abonen los daños y perjuicios.

TODOS. (Animándose). Sí, sí...

REPRES. Señores, entre nosotros existe un sujeto que tiene necesidad de disfrazarse, porque un asunto particular le obliga á ello. Yo, contando con vosotros, le he prometido disfrazarlo de rey, y quiero cumplirle mi palabra.

DIRECTOR. Vuestra palabra será cumplida.

TODOS. Sí, sí. (Con animación).

DIRECTOR. Venga al punto el caballero que va á disfrazarse; le haremos rey, y le rendiremos pleito homenaje.

REPRES. Venga usted, D. Policarpo. (A los cómicos). Este es.

POLICARPO. Hagan ustedes de mí lo que quieran. (Aparte). ¡Qué no haré yo por librarme de las garras de D. Sansón! ¿Pero qué hará ese demonio de hom-

bre tanto tiempo metido en esa otra sala tan oscura?

DIRECTOR. Señor Representante; ir arreglando en la forma más elegante que podais, un trono para que lo ocupe tan arrogante monarca.

REPRES. Voy al punto.

MÚSICA.

(Colocan á Policarpo en el centro de la escena y á la vista de los espectadores lo van vistiendo con algunas prendas de época que traen los coristas, poniéndole también una peluca, una barba postiza, y últimamente una exajerada corona.)

(Al mismo tiempo, el Representante se ocupa en levantar el improvisado trono, que lo formará colocando la mesa en el lado izquierdo y muy cerca del proscenio. Dicha mesa la cubre por delante y los costados, con algunos tabardos de color, que traen los comediantes Encima de la mesa coloca una silla y la cubre con otro tabardo. Finalmente, dos de los guerreros que vienen en el acompañamiento y que están provistos de lanzas muy largas, se colocan detrás de la mesa; y con las expresadas lanzas y otro tabardo abierto y enganchado por sus extremos en ellas forman una especie de dosel.)

(Durante estas maniobras canta el coro, y después sigue la música hasta que Policarpo queda sentado en el improvisado trono.)

DIRECTOR. (Dirá este recitado con una entonación muy trágica y ridícula.)

Y en tanto que vestimos
al noble caballero,
hidalgos y pecheros,
un cántico entonad;
un cántico alegórico,
un cántico sublime,
un canto que fascine
á nuestra majestad.

—
Que suelen los clarines,
también suene el tambor,
y á ser posible ruja
el trueno del cañón.

Un cántico guerrero,
un cántico feroz,
un cántico horroroso
es lo que quiero yo.

(Empieza á vestir á Policarpo.)

CORO

- UNOS. Pan!
OTROS. Pon!
OTROS. Pum!
TODOS. Cataplum!
(Redoble de tambor en la orquesta, después clarines.)
(Con misterio.) ¡Oid! ¡Oid!
UNOS. (Muy piano.) Se acerca el enemigo.
OTROS. Se acerca; sí, señor.
TODOS. En guardias compañeros
en guardia ¡con valor!
Las armas preparemos
poner cara feroz,
que el enemigo tiemble
al ver nuestro furor.
UNOS. Pum!
OTROS. Pan!
OTROS. Pon!
TODOS. Cataplum!
(Vuelve á escucharse el toque de clarines y finalmente el redoble del tambor).
(Al terminar este canto, deberá de haberse acabado de vestir Policarpo, y el improvisado trono estará terminado; la música seguirá, aunque muy piana, para que no se interrumpa el diálogo hasta que lo suben al referido trono.)
DIRECTOR. Venid todos á ayudar
á subir al rey...
(Conducen á Policarpo).
REPRES. (Al verlo subir). ¡Cuidado!
DIRECTOR. (Ayudándole á subir).
¡Arriba...! Ya está elevado
al trono su magestad.
(Cesa la música).

H A B L A D O

- POLICARPO. (Aparte). Dios me libre de caer de cabeza al suelo.
DIRECTOR. Ahora, valeroso rey, solo me resta que presentaros á toda vuestra servidumbre.
(Se dirige á la compañía y empieza á arreglarla para la presentación).

ESCENA IX

Dichos: SANSON, por la puerta lateral, se dirige al REPRESENTANTE

POLICARPO. (Aparte). ¡Oh...! D. Sansón sale! ¡qué miedo!, yo creo que con este disfraz no llegará á conocerme... Sin embargo, cambiaré la voz cuanto pueda.

(Desde este instante todo cuanto habla este personaje será con voz más gruesa ó más atiplada, según le convenga al actor; y cuando lo mire ó crea que lo mira Sansón, hace también movimientos extraños procurando de una manera poco disimulada que no lo reconozca.)

SANSÓN. (Al Representante). Oiga usted, caballero.

REPRES. Usted dirá.

SANSÓN. ¿Ha visto usted llegar entre toda esa gente á un señor como de setenta años, sumamente obeso, y que se llama Policarpo?

REPRES. Nó, señor.

SANSÓN. Pues indudablemente está aquí; solo él ha podido traer esta cartera que me he encontrado ahí dentro y que contiene su cédula de vecindad. Debe de habersele caído del bolsillo... ¡Oh! ¡en cuanto lo vea, lo mato!

REPRES. ¿Pero por qué quiere usted matar á ese pobre hombre?

SANSÓN. Después que lo mate se lo diré á usted. Ahora escuche otra cosa: En esa habitación he descubierto una ventana sin reja que da al campo; el barrote que aprisionaba sus dos hojas de puerta, he logrado arrancarlo con mis manos no sin gran trabajo, y por ella podemos huir todos del lazareto.

REPRES. Yo no me expongo á las iras del Alcalde y sus escopeteros. Luégo hablaremos.

(Se separa de Sansón y se coloca al lado del trono. Sansón empieza á fijarse en todos los personajes, creyendo encontrar en cada uno de ellos á Policarpo.)

DIRECTOR. (Teniendo ya preparada á toda la gente para la presentación). Todo está ya listo para la presentación. (Dirigiéndose á Policarpo, y presentándole á Juana, á Sancha y Berenguela). (Con entonación). Noble y valeroso monarca. Aquí te presento tres huries del Paraíso del Profeta; tómalas por mujer.

- POLICARPO. (Aparte). ¡Ojalá que esto no fuera broma!
- DIRECTOR. ¿Te agradan?
- POLICARPO. ¡Mucho! ¿Cómo se llaman?
- DIRECTOR. Esta se llama Juana la Loca.
- POLICARPO. Ya, sí; la que se volvió loca por amor á su marido. ¡Caso rarísimo!
- DIRECTOR. Nó, porque ésta se vuelve loca por todos los hombres.
- POLICARPO. (Aparte.) Lo corriente. ¡Pues tiene buena recomendación!
- DIRECTOR. Aquí te presento á Sancha.
- POLICARPO. ¡Ah, sí! Doña Sancha, la de la manga ancha, la que dió no sé qué tropezón en la Mancha. ¡Es muy hermosa!
- DIRECTOR. Sí; y tiene gran afición á la bebida.
- POLICARPO. ¿Toma cerveza?
- DIRECTOR. Sí, y mucho café de caracolillo. Esta se llama Berenguela.
- POLICARPO. ¡Buena mujer!
- DIRECTOR. Esta no es mala del todo y no se le conoce vicio alguno predilecto.
- POLICARPO. Porque tendrá más talento para encubrirlos que sus compañeras.
- DIRECTOR. Es posible. Voy á presentarte la cuarta, porque hace falta para el cuarteto coreado de los celos de las odaliscas, que te van á cantar. Aquí la tienes. (Presentándole á Urraca.)
- POLICARPO. (Aparte.) ¡Qué fea es! (Alto.) ¿Cómo se llama?
- DIRECTOR. Doña Urraca.
- POLICARPO. Planta de Urraca tiene.
- DIRECTOR. Como que es la característica de la compañía.
- POLICARPO. Vamos; entonces puede pasar. ¿Y qué afición favorita tiene esa?
- DIRECTOR. Esta se fuma una docena de cigarros de diez céntimos todos los días.
- POLICARPO. ¡Demonio!
- DIRECTOR. Queda formado el cuarteto. Ahora las oirá cantar.

MÚSICA

JUANA, SANCHA, BERENGUELA y URRACA

CORO

LAS CUATRO Somos las odaliscas predilectas de su magestad.

CORO. Es verdad, es verdad.

LAS CUATRO Que nos está mimando con cariño sin igual.

CORO. Es verdad, es verdad.

LAS CUATRO Y nos compra y nos regala sin cesar,
muchos dulces y confites
de muy buena calidad.

CORO. Es verdad, es verdad.

JUANA. A mí me dice... ¡mí rubia!

SANCHA. A mí me dice... ¡salá!

BERENG. A mí me dice... ¡tunanta!

URRACA. Y á mí no me dice... ¡ná!

(Saca un cigarro puro y lo enciende).

CORO. Yo no sé qué gusto tiene
nuestra regia magestad
en fijarse en esas cuatro
sobre todas las demás,
cuando hay entre nosotras
tanta y tanta variedad
y en hechizo, gracia y garbo
tanto, tanto, que es la mar.

JUANA. A mí me requiere mucho.

SANCHA. A mí me requiere más.

BERENG. A mí dice que me adora.

URRACA. Bueno; á mí que se me dá!
En teniendo yo tabaco
no me importa lo demás.

CORO. Somos las odaliscas de segundo orden
de su magestad.

LAS CUATRO Es verdad.

CORO. A nosotras no nos mira, ni nos mima
como á todas las demás.

LAS CUATRO Es verdad.

CORO. Siendo jóvenes y bellas
y graciosas y.... algo más
que callamos por prudencia
y no queremos nombrar.

LAS CUATRO Pues sabeis por qué nos quiere
porque sabemos cantar
y por el canto se muere
nuestra regia magestad.

CORO.

JUANA.

Es verdad, es verdad.
Pues oid con atención
mi poética canción.

RECITADO

Como plácido arroyo que corre en el prado
Murmurando entre flores endechas de amor,
Como tórtola amante que arrulla á su tórtolo,
Como rana en pantano que canta cló, cló.
Como azul golondrina que cruza los aires
Y sus cantos amantes eleva hasta Dios,
Cual paloma que en torno al palomo
Dando vueltas repite run, ro...
Cual chicharra que canta extasiada
En verano á los rayos del sol,
Como mirlo, la alondra y el grillo
De este modo yo canto. Atención.

(Ataca la música).

Sultán mono, niño mío,
yo te quiero con pasión,
y en tus brazos reclinada
extasiada
oiga tu voz.

Y embebida en tus caricias,
yo me muero por tu amor.

Run, run, ro, ro,
grí, grí, cló, cló,
rá, rá, ro, ro,
guá, guá, cló, cló.

CORO.

Y embebida en sus caricias
ella muere por su amor.

Ru, ru, ro, ro,
etc., etc., etc.

HABLADO

DIRECTOR. ¿Qué te han parecido las mujeres?

POLICARPO. Muy hermosas.

SANSÓN.

(Aparte). No lo encuentro por ninguna parte; de todos estos fantoches que tan detenidamente he reconocido, ninguno es....

Dónde se habrá ocultado... ¡Oh! ¡Quizás sea el que está sentado en el trono haciendo el papel de rey!

(Se queda mirando muy atentamente á Policarpo: éste procura taparse la cara con las manos, la corona y con cuanto pueda para no ser reconocido).

POLICARPO. ¡Me pescó!

(En este momento el Director coje á Sansón por la mano y presentándosele á Policarpo dice).

DIRECTOR.

Señor. Te presento á este esforzado y noble caballero, que está dispuesto á derramar hasta la última gota de su sangre por defenderte.

SANSÓN.

¡Oiga usted, yo no he asegurado nada!

DIRECTOR.

Siga usted la broma, caballero.

SANSÓN.

¡Para broma tengo yo mi espíritu! (Se retira).

(En este momento se oye dentro un gran ruido de voces dadas por los escopeteros).

VOCES.

(Dentro). ¡Ahí va...! ¡Ahí va! ¡el toro!... ¡al toro! ¡al toro!

(El Alcalde aparece en este momento en la ventana y se monta sobre su balaustrada).

ESCENA X

Dichos: EL ALCALDE

ALCALDE.

(En alta voz). ¡Periquillo! ¡Abre corriendo la puerta del lazareto para que éntre ese animal y quite del medio enseñada que es un toro muy bravo... (Más alto y de repente). ¡Periquillo, no seas bruto y no te acobardes!

DIRECTOR.

¿Pero, es verdad eso del toro?

ALCALDE.

Sí, es un toro forastero que nos hemos encontrado dentro del término del pueblo, y por si viene contaminado de la epidemia, lo he mandado conducir á este lazareto.

(Todos los personajes se alarman. Policarpo se baja con precipitación del trono).

- DIRECTOR. ¡Pero, pedazo de... alcornoque! ¿va usted á tener valor de meter aquí un toro bravo?
- ALCALDE. ¿Y dónde lo meto, si no hemos preparado otro lazareto?
(Mayor temor en los personajes).
- POLICARPO. ¡Jesús! ¡Qué bestialidad!
- REPRES. ¡Pero qué bárbaro es este tío!
- ALCALDE. (Desde la ventana y á gritos). ¡Ya llega... ¡Bartolo, hacia aquí, bestia! Llámrale la atención hacia este lado... así!
- DIRECTOR. Pero, hombre, ¡lleve V. á la Alcaldía ese concejal de cuatro orejas!
- ALCALDE. No es posible. Ya lo tiene usted aquí.
(En este momento se abre violentamente la puerta del foro y aparece un toro en ella, dando señales de grun bravura. Al aparecer el toro, todos los actores y acompañamiento dan un grito de terror y huyen, formando un grupo muy apretado junto á la puerta lateral. Policarpo, que se habrá bajado de la mesa, corre hacia el grupo llegando el último, y al querer meter en el centro de él, es reconocido por Sansón y huyendo de él se dirige hacia la puerta del foro, en el momento que el toro se ha retirado; pero vuelve á aparecer al llegar Policarpo y le da un tropicón dejándolo caer: se levanta y corre despavorido hacia la ventana en que continúa el Alcalde: éste, al ver que va á ser enganchado por la fiera, se agarra á la barba y á la peluca de Policarpo y se la quita, en el mismo momento que el toro lo engancha, lo saca de la ventana y se lo lleva.
- POLICARPO. (Dirigiéndose al grupo). ¡Jesús!
- TODOS. (Agrupándose y dando un grito de terror). ¡¡Oh!!
- SANSÓN. (Conociendo á Policarpo y amenazándole). ¡Infame!
- POLICARPO. (Huyendo hacia la puerta). ¡Ah! (Encontrándose con el toro). ¡Oh! (Levantándose y dirigiéndose al Alcalde). ¡Déjeme usted salir!
- ALCALDE. ¡Que me engancha!
(Se agarra á la barba y peluca de Policarpo).
- POLICARPO. Suelta usted.
- ALCALDE. ¡Oh! (Lo saca el toro de la ventana y se lo lleva enganchado).
- POLICARPO. (Desde la ventana y mirando hacia el campo). ¡Jesús! ¡El toro ha cogido al Alcalde, se lo lleva, lo tira por alto... lo vuelve á cojer y...!!
- SANSÓN. (Que se habrá dirigido hácia Policarpo, lo agarra por el pescuezo en este momento). (Todo rápido) ¡Infame! ¡Ya caiste!
- POLICARPO. ¡Oh!
- SANSÓN. ¡Ya no te escapas, miserable!
- POLICARPO. ¡Que me ahoga...!



- SANSÓN. ¡Me han quemado los papeles de mi pleito; pero tú no utilizarás los tuyos, porque te voy á dar garrote con mis manos!
- POLICARPO. ¡Socorro!!
(El Representante y algunos más los separan).
- REPRES. Pero, hombre de Dios, ¿por qué tiene usted la manía de mortificar á este desgraciado?
- SANSÓN. Porque es el causante de todos mis males; por su culpa me han quemado los papeles de mi pleito.
- REPRES. A él también le han quemado los suyos.
- SANSÓN. (Transición). ¡Qué escucho!
- REPRES. Y creo que ha sido la única buena alcaldada que ha hecho en toda su vida un Alcalde.
- SANSÓN. (Con alegría). ¿Con que es cierto?
- REPRES. Sí, señor; así es que me parece lo mejor que amistosamente hagan ustedes un arreglo, que se den las manos y...
- SANSÓN. Tiene usted muchísima razón. D. Policarpo, por mi parte no hay inconveniente.
- POLICARPO. Ni por la mía.
- SANSÓN. Hé aquí mi mano.
- POLICARPO. Venga.
- SANSÓN. Nó, los brazos es mejor. (Se abrazan.)

ESCENA XI Y ULTIMA

DICHOS, EL MÉDICO, á poco EL ESCOPETERO

- MÉDICO. (Entrando por la puerta del foro.) Señores: de orden del señor gobernador de la provincia, quedan ustedes en libertad. (Murmullos de alegría.) Al mismo tiempo ordena también telegráficamente que al momento quede destituido el Alcalde de este pueblo.
- DIRECTOR. ¡Viva el señor gobernador de la provincia!
- TODOS. ¡Viva!
- ESCOPETERO (Entrando precipitadamente.) Señor Médico, le he visto á usted llegar y vengo á notificarle que al pobre del Alcalde lo ha cogido un toro y le ha dado una de varetazos que creo no le ha dejado ni un solo hueso sano.

MÉDICO. Se le está muy bien empleado.

POLICARPO. Sí, señor: ese es el justo castigo sufrido por las bárbaras medidas tomadas contra nosotros.

MÉDICO. Es muy cierto. Vamos á curarlo. (Vase seguido del escopetero.)

POLICARPO. Señores, ¡cuántas autoridades parecidas é ésta no hacen más que dar trancazos con conciencia ó sin conciencia de lo que hacen! Dios nos libre de gobernantes de esta clase porque causan más daños y son mil veces peores que la más horrosa de las epidemias.

AL PÚBLICO

Y, pues, nos manda el infierno
tan bárbaros gobernantes,
pedid todos al Eterno
mil epidemias reinantes
en lugar de este gobierno.



